

DISCURSO.

REPROBACION DE LAS NACIONES

QUE SE APARTAN DE JESUCRISTO,

Y FELICIDAD DE LAS QUE LE SIGUEN.

PARA EL LÚNES DESPUES DE LA DOMINICA PRIMERA

DE CUARESMA (1).

(DE TRONCOSO.)

Cum venerit Filius hominis in majestate sua..., tunc sedebit super sedem majestatis suæ; et congregabuntur ante eum omnes gentes, et separabit eos ab invicem..., et statuet oves quidem à dextris suis, hædos autem à sinistris.

Cuando venga el Hijo del hombre con toda su majestad..., entonces se sentará en el trono de su gloria: y hará comparecer delante de él á todas las naciones, y separará á los unos de los otros..., poniendo los ovejas á su derecha y los cabritos á la izquierda.

S. Mateo, c. 25, v. 31, 32 y 33.

Terrible espectáculo ofrece hoy á nuestra consideracion la Iglesia nuestra madre: con las palabras del evangelista san Mateo nos recuerda aquel grande acontecimiento que debe tener lugar al fin de los tiempos, cuando el Hijo del hombre, apareciendo revestido de toda su majestad, se sentará en el trono de su justicia para juzgar á todas las naciones del universo. *Entonces*, dice el texto sagrado, *se congregarán ante el eterno Juez todas las gentes, y las separará unas de otras, así como el pastor*

(1) Las ideas de este discurso están tomadas del R. P. Maccarthy, frances, de la Compañía de Jesus, célebre orador de nuestro siglo, que por sus talentos nada comunes se ha adquirido una gloria universal. El Sr. Troncoso las ha acomodado á nuestro estilo y hecho algunas adiciones conforme á nuestras actuales necesidades. — En la pág. 266 del tomo cuarto de los sermones de *Mision* se halla uno para este mismo día.

separa las ovejas de los cabritos; y colocará las ovejas á su diestra y los cabritos á su siniestra.

Qué asombro! católicos: quien hubiera contemplado á Jesucristo en el establo humilde de la aldea de Belen; quien le hubiera visto envuelto en pañales, llorando, yerto de frio, acompañado únicamente de sencillos pastores y de estúpidos animales; quien le hubiera visto huir en el regazo de su tierna madre á la tierra de Egipto por no ser víctima del furor de un tirano, que habia jurado su exterminio; quien hubiera en fin presenciado todas las humillaciones, la pobreza y los desprecios que hubo de sufrir desde su misma cuna este Hombre-Dios; ¿cómo era posible que, ni aún remotamente, hubiese llegado á imaginar que él debía ser el soberano señor y árbitro del universo; que de él penderia la perdicion ó la salud, la elevacion ó la caída de los imperios y de los estados, como la de los hombres; que él seria el que dispondria á su beneplácito de los destinos del universo?

Nadie hubiera llegado á concebir tal grandeza unida á tanta humillacion, si la palabra eterna Jesucristo, verdad por esencia, no lo hubiera declarado terminantemente en las palabras que acabamos de citar del presente Evangelio. Palabras admirables, que, si bien reflexionamos, no se concretan únicamente al último dia de los tiempos, sino que vienen cumpliéndose tiempo há en todas las regiones del orbe y en toda la sucesion de generaciones, desde que fueron pronunciadas, hasta nuestros dias. Y ¿quién no ve á ese Dios humanado Jesucristo, rey inmortal de todos los siglos, que desde el trono invisible que ocupa en el empíreo, reina solo sobre el mundo que conquistó con su sangre, dispone con autoridad absoluta de los cetros y de las coronas, eleva ó humilla segun su beneplácito á los soberanos, cambia las dinastías y los imperios, se opone á los designios de sus enemigos, sostiene su obra inmortal contra todo el poder del averno, probando á todo el mundo, que á él solo pertenece el arrancar ó plantar, edificar ó destruir, dar la muerte ó la vida á los individuos como á las naciones?

Pero acostumbrado el mundo á no mirar en Jesucristo mas que ese poder espiritual que ejerce invisiblemente en los corazonas, y por medio del cual se obran las maravillas ocultas de la gracia, apénas hace atencion á ese otro poder no ménos real, que recibió de su eterno Padre, en cualidad de señor del uni-

verso y de dominador de los reyes y de los pueblos ; poder que ejerce con una fuerza irresistible sobre las sociedades humanas, y por medio del cual conduce infaliblemente todas las cosas á sus fines al traves de las revoluciones, de las tempestades y de todos esos grandes sacudimientos que excitan las pasiones humanas ; poder en fin, cuyos efectos, cuanto mas sensibles son y mas palpables, tanto mas propios deben ser para causar en el espíritu del hombre reflexivo una impresion saludable y profunda. Y de este poder, de este reinado visible del Hijo de Dios sobre la tierra, es del que vengo yo á hablaros, ofreciendo á vuestra consideracion los principales hechos que nos ha legado la historia de mas de diez y ocho siglos ; hechos de que resultará luminosamente y como una demostracion histórica, el juicio terrible, la separacion funesta de que habla el santo Evangelio de este dia, ejercido ya por el Hijo del hombre, aún en la vida presente, respecto de todas las gentes del universo. Apliquémonos á estudiarlos con todo detenimiento, y hallaremos que la suerte de aquellas naciones que han reconocido á Jesucristo y combatido bajo sus estandartes, ha sido *vencer*; y por el contrario, el fin irrevocable de las que le han resistido, ha sido *perecer*.

Séanos permitido comenzar por este último miembro para mayor conexión de las ideas ; y dividiendo el asunto en dos distintas reflexiones, resultará en la primera la reprobacion é infelicidad de las naciones que se han apartado de Jesucristo y combatido su Religion santa : *hoedos autem à sinistris*; y en la segunda el triunfo y felicidad de aquellas que, cual ovejas del eterno Pastor, le han seguido fielmente y acatado sus divinas máximas : *oves quidem à dextris*. Hé aquí trazado todo el plan. Imploramos la gracia por la mediacion de la Reina de los ángeles. *Ave María*.

PRIMERA REFLEXION.

El Profeta rey habia cantado ya las grandezas del reinado de Jesucristo sobre la tierra mas de diez siglos ántes que este apareciese en el hemisferio. Háiale visto en espíritu fundando su trono sobre la montaña santa de Sion, y recibiendo el imperio del orbe de manos del Eterno ; y por eso atravesando siglos y distancias inmensas, dijo hablando en persona del mismo Jesu-

cristo (1) : « El Señor me ha dicho : tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy ; tu tendrás por herencia las naciones y por dominio el universo : tú domarás á los rebeldes con un cetro de hierro y despedazarás á tus enemigos, cuál si fuesen de barro : los reyes aprenderán á temerte ; los que gobiernan se turbarán temblando bajo tu yugo, y todo cuanto se hiciere objeto de tu cólera, perecerá. » Si esta terrible profecía ha tenido exacto cumplimiento, nadie mejor que la historia puede manifestarlo. Registremos sus anales.

Sabido es que el pueblo judío fué el primero que se opuso al reinado de Jesucristo. No contento con calumniarle y perseguirle, satisface en fin su sañudo encono dándole la muerte mas alevosa y cruel ; y de este modo se hizo acreedor á ser el primero en experimentar una ruína, que atestigua bien el poder vengador de este Rey divino. Jamas se vió castigo mas palpable, ruína mas completa que la de esta nacion deicida. No es menester hacer mencion de los horrores de aquel sitio memorable, en el que por una complicacion de males sin ejemplo en la historia, la hambre, la peste, la guerra intestina y la guerra extranjera, presentó al mundo el espectáculo mas horroroso. Encarnizáronse los ciudadanos los unos contra los otros con mas furor que los mismos enemigos ; mas de un millon y cien mil personas fueron víctimas en el corto espacio de algunos meses ; las madres devoraron mas de una vez el fruto de sus entrañas, siendo tambien á la vez víctimas de la voracidad de sus propios hijos. ¿ Hablaré de la destruccion total de la soberbia ciudad de Jerusalem, en donde, verificándose la prediccion del Salvador, no quedó piedra sobre piedra ? ¿ Recordaré la ruína de su magnífico templo, la maravilla del universo, que en vano pretendió el mismo vencedor librar del furor de las llamas, sin que en lo sucesivo jamas poder alguno humano haya sido capaz de reedificarlo ? ¿ Y esa dispersion general, anunciada ya con anticipacion por los profetas y por el mismo Jesucristo, ejecutada rigurosamente y tan palpable á nuestra vista ? ¿ No veis los infortunados restos de ese desgraciado pueblo, reservados al parecer para dar al universo el espectáculo de un cadáver mutilado, aunque viviente, cuyos miembros esparcidos por todas

(1) *Psalm. 2. v. 7. usque ad 12.*

partes, presentan el mas insigne monumento de la divina venganza y el horrible castigo del deicidio?

Quién habrá que al contemplar ese pueblo disperso en tantos países, sin poder establecerse en ninguno, aborrecido, perseguido de todos y jamas destruído, adherido mas que ningun otro á sus creencias y á su religion, y sin embargo el único que ni tiene templo, ni altar, ni sacerdocio, ni sacrificio, ni culto: ¿quién habrá digo, que á vista de tan extraño fenómeno no pregunte, quién es esa raza de hombres extraordinarios marcada con unos caracteres tan particulares, y que parece como arrancada de la rama comun de los humanos? Mas á esta pregunta, la historia responde, que ella es la antigua y famosa raza de Abrahan, escogida en otro tiempo y separada por el mismo Dios, para ser la depositaria de los sagrados oráculos y de las promesas relativas al Mesías; pero que en vez de recibir respetuosamente y con amor á ese Mesías deseado con tanto ardor, le ultrajó, le calumnió, le persiguió hasta darle muerte de cruz, y no temió pedir que su sangre cayese sobre ella y sobre sus hijos. Ah! desdichada Jerusalem! La sangre del Justo pediste, y esta ha caído sobre ti: desde aquel momento funesto arrastras el horrible peso del anatema, y semejante á Caín, errante como él y sin comparacion mas criminal, llevas impresa la mancha de una sangre mucho mas pura é inocente que la de Abel. Así se ejecutó, católicos, como lo habian predicho los Libros santos, que esa misma nacion reverencia como divinos, y conserva con tanto cuidado en medio de su desgracia. Tomáddlos de sus manos y leeréis en el profeta Daniel (1), « que pasados 490 años el Cristo seria condenado á muerte; que el pueblo autor de este crimen seria arrojado; que la ciudad, el templo y el santuario serian derruídos; que cesarian las ofrendas y sacrificios, y que entónces comenzaria una desolacion que duraria hasta la consumación y el fin de todas las cosas. » Y ved aquí la reprobacion é infelicidad de los judíos rebeldes y obstinados: *hoedos autem à sinistris*.

Pasemos á ver la ruína de Roma pagana. Ella fué, á no dudarlo, despues de la nacion hebrea, el enemigo mas implacable que tuvo el cristianismo. Sus emperadores ó mas bien sus tira-

(1) Dan. c. 9. v. 27.

nos, las atroces persecuciones suscitadas en los tres primeros siglos, la sangre en fin de tantos mártires sacrificados á su encono contra la Religion del Crucificado, son una prueba demasiado evidente de lo que acabó de decir. Pues tambien Roma debia ser sacrificada á la gloria de Dios y al triunfo del Evangelio. Hallábase á la sazón esta ciudad orgullosa en el mas alto grado de elevacion, de esplendor y de poder, gloriándose con el dictado de reina del mundo y ciudad eterna, luego que el apóstol san Juan vió en espíritu y proclamó tres siglos ántes, su humillacion y su caída. Su estilo, aunque figurado y profético, marca con la mayor claridad y precision, todos los grados de su decadencia y los diversos castigos que le prepararon su última calamidad. Allí veréis designados los futuros vencedores del pueblo que tantas veces se creyó invencible; el número de reyes y de naciones bárbaras que se dividirán el imperio, su carácter y su marcha; allí los veréis representados, ya como aliados, ya como enemigos, ahora vendiendo sus servicios, despues devorando á los que habian ayudado con sus brazos, quemando sus magníficos palacios, pillando sus tesoros y cubriéndolo todo de luto y de exterminio. Allí creeriais ver los hunos, los godos, los hérulos y todos aquellos feroces conquistadores que aparecieron despues; el furor y los desastres de un Alarico y de un Totila, que consumaron la desolacion de la antigua Roma; y á fin que no se ignore la causa de tan horribles castigos, allí mismo la veréis marcada con caracteres que no dejan lugar á la menor duda: « Así será tratada, dice, la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra, la ciudad de las siete colinas, porque ella es la madre de las fornicaciones y de las abominaciones de la tierra, y porque se ha embriagado con la sangre de los santos y de los mártires de Jesucristo. » *Ebriam de sanguine sanctorum et de sanguine martyrum Jesu* (1). No podia ser mas formal la sentencia, ni mas claramente especificado el motivo de la reprobacion.

¿Quién me diera ahora el poder completar este cuadro, haciéndoos ver el fin desastroso de cada uno de los emperadores romanos que persiguieron el cristianismo? ¡Qué horror no os causaria el ver el trágico fin de un Neron, de un Decio, de un Domiciano, de un Juliano y de sus semejantes! Si os represen-

(1) Apoc. c. 17. v. 6.

tase aquel horrible Galerio, inventor de tantos tormentos, y mas bien el verdugo que el tirano de los cristianos, herido de repente de una llaga cruel y asquerosa, devorado vivo por los gusanos que salian de sus entrañas, procurando, como Antíoco, desarmar la cólera de Dios con edictos en favor de la Religion, que tan atrozmente habia perseguido, y espirando en medio de las convulsiones de la desesperacion; si yo pudiese...; mas no es posible; basta lo dicho para conocer la ruína de Roma idolatra y de los príncipes perseguidores del cristianismo: *hoedos autem à sinistris*.

Pasemos ahora á considerar cuál ha sido la suerte de las naciones que despues de haber conocido á Jesucristo, han abandonado su culto y perdido la Fe. Lanzád una mirada hácia esas regiones del Asia, un dia tan floreciente, en donde estaban las famosas ciudades de Éfeso, Antioquía y Nicomedia; donde reinaron largo tiempo con el cristianismo las artes, las ciencias, las letras, la sana doctrina y las costumbres; donde los Basilio, los Gregorios, los Crisóstomos hicieron brillar tanta elocuencia y tantas virtudes. Ved á la extremidad de la Europa esa Constantinopla, un dia tan magnífica, tan política, tan sábia, que fundada por el primer emperador cristiano, fué mirada como una nueva Roma ó como una segunda Atenas. Volvédes despues vuestra vista hácia el África, patria de los Atanasios, de los Cirilos, de los Tertulianos, donde florecia la célebre escuela de Alejandro bajo los Clementes y los Orígenes; donde los Ciprianos y Agustinos dieron tanto lustre á las ciudades de Cartago y de Hipona; comparád el estado presente de esos pueblos con lo que fueron entónces, y los veréis envueltos en las tinieblas de la ignorancia, encorvados bajo el yugo de un despotismo degradante, envilecidos por sus costumbres groseras y brutales, y que han retrogradado, despues de haber arrojado tanta luz, á un estado de infancia social; y entónces reconoceréis, que perdiendo la verdadera Religion, han perdido con ella su gloria, sus luces, su libertad, su dicha y hasta la civilizacion misma. Cosa prodigiosa! No hay país en donde la luz del Evangelio haya sido apagada, que en el momento no haya caído en la barbarie. Así lo exigia vuestra justicia, ó gran Dios! Era necesario que la apostasía de los pueblos tuviese su castigo como la de los particulares, y que se pudiese decir de cada una de estas naciones infieles lo que un profeta dijo de Israel prevarica-

dor: *Scito et vide quia malum et amarum est reliquisse te Dominum Deum tuum* (1): conoce y confiesa cuán triste es y cuán amargo el haber abandonado al Señor tu Dios.

Mas ¿por qué ir tan léjos á buscar ejemplos de la reprobacion de los pueblos que abandonan la Fe y la ley de Jesucristo? Bien cerca de nosotros tenemos las pruebas mas positivas. Volvédes vuestra vista á la Francia: contempládlas en los últimos años del pasado siglo, cuando el orden social trastornado, holladas las leyes, los establecimientos mas útiles derruídos, los mas preciosos monumentos arrojados por el suelo, el cadalso, la muerte, todo en fin en él representaba al vivo la imágen de Jerusalem anatematizada por el Dios vengador. Preguntádele, cuál fué el motivo de tamaños males; y os dirá, que la impiedad fué la que armó el brazo vengador del Dios de las justicias. Sí, ese pueblo vivió feliz y habia llegado al apogeo de la prosperidad y de la gloria bajo la égida de la Religion santa; pero quiso sacudir este suave yugo, se cansó de ser fiel y dichosa, dió oídos á falsos profetas y á malignos seductores, quiso en fin dar al mundo por un momento el espectáculo de una sociedad sin Dios y sin Religion; y, ó infeliz! sin juicio de sangre vino á expiar este crimen horrendo, y con un paso mas en la via del error, el país mas culto y civilizado hubiera sido rayado del número de las naciones. Vos, ó Dios mio, perdonaste á un pueblo arrepen-tido; mas no así á los autores de esta revolucion impía. La maldicion del Eterno los aplastó; envueltos verdugos y víctimas, casi todos vinieron á parar en el cadalso, último término de sus desgracias; y los que no acabaron sus dias bajo la hacha cortadora, ah! mirádos cubiertos de oprobio y turbados con crueles remordimientos arrastrar una existencia miserable, arrojados del suelo que los vió nacer y buscando léjos de él una tierra en que poder morir. Tal es el fin de los autores de las revoluciones sacrílegas: *hoedos autem à sinistris*.

Y sin embargo, católicos, estos grandes culpables no eran sino los discípulos de la impiedad; ¿qué podremos pues decir de sus maestros, de aquellos hombres famosos por sus escritos, en los que con tanta profusion sembraron el gérmen fecundo de todos los errores y de todos los crímenes? quedarian por ventura impunes? No, católicos; ellos experimentaron tambien su

(1) *Jerem. c. 2 v. 19.*

condigno castigo y fueron envueltos en la mas completa ruina.

Ruina de su inteligencia y de su razon. Hinchados con su pretendido saber, quisieron someter á él la ciencia de Dios, y por consiguiente perdieron todo saber y toda luz. Tan impíamente orgullosos como los insensatos arquitectos de Babel, pretendieron elevar una torre contra el cielo; y castigados como aquellos con la confusion de lenguas, no pudieron entenderse unos á otros, no produjeron sino sueños incoherentes, contradicciones groseras y sistemas á cual mas absurdos; llegaron á negar la existencia del Ser supremo, hicieron la apología de la nada, ensalzaron el estado salvaje, se asemejaron á las bestias, enseñaron que el verdadero destino del hombre era vivir en los bosques sin ley, sin reflexion, y sobre todo sin pudor; dignos precursores de los que en medio de sus abominables demencias han erigido templos á la razon y adorado á la prostitucion personificada.

Tambien experimentaron *la ruina de sus proyectos y esperanzas.* Se lisonjearon destruir por sus fundamentos el imperio de la Religion y de la moral, echar por tierra todas las potestades legítimas, y establecer sobre los restos de los tronos y de los altares el reino de la destructora filosofía. Pero sus esperanzas fueron vanas; la ejecucion horrible de sus planes dignos del infierno, los monstruosos excesos de sus discípulos y adeptos, llenaron bien presto al mundo de un horror tal hácia su doctrina, que entónces se llegó á reconocer mas que nunca la necesidad de la Religion, de las costumbres y de la autoridad sagrada para la felicidad de los pueblos. En vano pues los partidarios de estas detestables teorías pretenderán con nuevas intrigas volver á sumirnos en nuevas revoluciones; en vano, dije, porque un suceso tan funesto no haria sino desengañar cada vez mas el espíritu cansado ya de ilusiones y desórdenes, y apresurar el momento en que la voz unánime del género humano lanzase un grito de reprobacion eterna contra esos sistemas efimeros é insensatos, contra esos nombres seductores de igualdad y libertad filosófica, bajo los cuales se encubren tan odiosos misterios.

Por último, católicos, hasta en su honor y en su reputacion han experimentado los corifeos de la impiedad la venganza de aquel Jesus, á quien no dudaron injuriar con los dictados mas infamantes. Se han pintado á sí mismos en sus escritos irreli-

giosos con los colores del desprecio, del ridículo y de toda clase de infamias; y hasta ese panteon, que conserva los restos del apostol de Fernais y del ciudadano de Ginebra, esa apotéosis que de él han hecho sus adeptos, todo se ha convertido para ellos en motivo de ignominia: sus huesos reposan mezclados en aquella vasta tumba con los de los asesinos de la humanidad, para transmitir á las futuras generaciones la memoria de sus infamias. ¿Y quién no ve palpablemente en estos hechos la reprobacion de los autores de las revoluciones sacrílegas? *hœdos autem à sinistris.*

Sí, católicos, las naciones, los soberanos, las sociedades, los individuos y todos cuantos han hecho guerra al cristianismo, han experimentado mas ó ménos la mano pesada del Eterno. Y vosotros tambien, incrédulos de todos matices, experimentaréis la reprobacion predicha por el Señor en el Evangelio, si no dejáis las sendas del error y entráis en las vias de la Fe católica. Sí, ya lo experimentáis; y si no decídmelo: desde el momento en que abjurasteis en vuestro corazon las promesas pronunciadas en el bautismo, y renunciasteis por una secreta apostasía á la doctrina y á la ley de Jesucristo; desde que incautos os dejasteis seducir por los funestos sofismas de la incredulidad, ¿qué tinieblas no han cubierto la atmósfera de vuestras inteligencias? ¿Hay una sola verdad moral que conserve para vosotros su evidencia y su certidumbre? ¿No os halláis engolfados en un abismo de dudas y perplejidades sobre todo cuanto dice relacion á vuestros mas caros intereses? La espiritualidad de vuestra alma, la eternidad de las penas del infierno, la creacion del universo, la libertad del hombre, todos esos puntos tan importantes, tan claros y evidentes para los que creen en el Evangelio, ¿no están para vosotros cubiertos de una profunda oscuridad? Y por qué? porque perdiendo la fe, habéis entrado en aquella region de las sombras de la muerte, en donde el sol de la verdad no derrama sus luces, y en donde todo es vértigo, confusion, error.

Vosotros sobre todo, jóvenes amables, decídmelo, ¿qué corrupcion no ha infestado vuestros corazones, desde que comenstasteis á mirar con indiferencia, y tal vez con desprecio, las máximas de piedad y Religion? ¿No os habéis hecho semejantes á aquellos, de quienes habla el Apóstol, que habiendo rehusado dar á Dios la gloria que le es debida, fueron entregados á